

## **Construcciones de sentido en las explicaciones sobre el proceso genocida en Tucumán en los discursos de sobrevivientes de Famaillá. 1975-1983**

Jemio, Ana Sofía (anitajemio@hotmail.com), becaria CONICET / Grupo de Investigación sobre Genocidio en Tucumán (GIGET)

Pisani, Alejandra (alepisani@hotmail.com), becaria CONICET / Grupo de Investigación sobre Genocidio en Tucumán (GIGET)

### **Resumen**

El trabajo indaga las construcciones de sentido que intervienen en las explicaciones sobre el proceso genocida en Tucumán en los discursos de sobrevivientes del departamento tucumano de Famaillá.

En el análisis de 18 entrevistas se delimitan las matrices discursivas que operan en las explicaciones sobre el genocidio, rastreando algunos de los mecanismos de realización simbólica que configuran las formas de memoria hegemónicas y sus posibles efectos materiales en el presente.

En las entrevistas se rastrean dos matrices discursivas que tienen en común su estructuración a partir del repudio al accionar de los militares. El criterio de demarcación entre ellas está dado por la posibilidad o imposibilidad de atribuir una racionalidad histórica y política al proceso genocida.

**Palabras Claves:** REPRESENTACIONES SOCIALES - OPERATIVO INDEPENDENCIA - TUCUMÁN

El Operativo Independencia, puesto en marcha el 9 de febrero de 1975 a instancias del Decreto Secreto N° 261/75, constituye el punto de inflexión que marca el inicio del genocidio en la Argentina.

A través del mismo las fuerzas estatales, avaladas por buena parte de la dirigencia política nacional y de la sociedad civil, pusieron en marcha un plan sistemático de aniquilamiento destinado a producir una profunda transformación en el conjunto social a través de la eliminación material de ciertos cuerpos.

El presente trabajo se propone explorar los modos de narración y representación de este proceso, entendiendo que los mismos constituyen una clave para dar cuenta de la eficacia de las prácticas genocidas en el presente.

Tomando como fuente los testimonios de 18 sobrevivientes del departamento de Famaillá<sup>1</sup>, se analizan las construcciones de sentido a través de las cuales se configuran ciertas explicaciones sobre el genocidio perpetrado durante el Operativo Independencia.

Se considera a los discursos de los sobrevivientes como emergentes de un proceso individual y colectivo de elaboración y significación de lo ocurrido, que se desarrolló en un territorio social con determinadas condiciones históricas y políticas cuyas características concretas inciden en este proceso.

Por ello, si bien el análisis contempla las consecuencias subjetivas que implica atravesar la experiencia concentracionaria -que marca a los sujetos en su relación consigo mismos y con su pasado-; entiende también que los discursos por ellos enunciados expresan determinados procesos que se desarrollan a escala social.

Por último, se entiende que un análisis crítico de los mecanismos subyacentes a los modos de representación del genocidio constituye una tarea eminentemente política, en tanto supone la adopción de un posicionamiento concreto en la lucha por la construcción de la memoria.

Quienes realizamos este trabajo creemos que dicho posicionamiento no puede –o no debería- ser el resultado de la adopción de un punto de vista teórico externo, sino que debe emerger de una experiencia de elaboración colectiva sobre lo ocurrido, es decir, de un proceso dinámico y complejo que permita la construcción de nuevos marcos de referencia desde los cuales pensar nuestras prácticas actuales.

En este marco el presente análisis pretende realizar un aporte para la construcción de una memoria que permita revincular las prácticas genocidas con sus objetivos y con el orden social que las produjo.

### **Lineamientos teórico- metodológicos**

El presente trabajo se propone indagar los sentidos a través de los cuales se atribuye inteligibilidad al proceso genocida perpetrado durante el Operativo Independencia en los discursos de 18 sobrevivientes de Famaillá.

Llamamos explicaciones a estas construcciones de sentido, en la medida en que configuran una trama que, desde el presente, integra y da sentido a un conjunto de hechos dispersos y heterogéneos a través del establecimiento más o menos explícito de relaciones de causalidad entre los mismos (Ricoeur, 2004).

Estas explicaciones, es decir, las formas a través de las cuales el pasado se vuelve inteligible en y desde el presente, constituyen un elemento clave no sólo para la

---

<sup>1</sup> Se entrevistaron a 18 personas, 5 mujeres y 13 varones, que en el Operativo Independencia tenían entre 14 y 35 años. Del total de entrevistados, 6 contaron que militaban -3 mujeres y 3 varones-, 4 en el peronismo, 1 en el PRT y 1 en el PST.

comprensión del pasado, sino también, y fundamentalmente, para la comprensión del presente. El contenido que asumen estas explicaciones juega un papel central en la posibilidad de recuperar las experiencias de lucha previa, de asumir un rol activo en la historia, de proyectar un cambio y de establecer vínculos con otros para transformar la realidad.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, el análisis indagará cómo al interior de los discursos se van delineando diferentes modos de explicación del pasado, que pueden diferenciarse en función de su efectividad en las prácticas actuales.

Ahora bien, las diferentes explicaciones que emergen en los discursos analizados no constituyen universos de sentido homogéneos y acabados, sino que se configuran a través de una multiplicidad de sentidos muchas veces contradictorios entre sí.

Teniendo en cuenta esta heterogeneidad utilizaremos el concepto de “matriz discursiva” (Foucault, 2002) como clave analítica. Este concepto no refiere a un campo homogéneo de sentido sino que actúa como límite contenedor de elementos que encuentran su punto de contacto no en su coherencia interna sino en su eficacia material concreta.

La utilización de este concepto supone el establecimiento de una diferenciación entre el discurso que constituye el objeto de análisis y el sujeto que lo enuncia. Cuando hablamos de la existencia de diferentes matrices discursivas no nos estamos refiriendo a la existencia de diferentes discursos, encarnados en diferentes sujetos, que se contraponen entre sí. Las diferentes matrices discursivas, aún siendo contradictorias, pueden convivir – y de hecho lo hacen- de manera tensional al interior de un mismo relato.

Estas tensiones constituyen en sí mismas objetos de análisis. Porque independientemente de su correspondencia efectiva con los “hechos”, los discursos serán considerados como indicadores de representaciones colectivas, como vías de acceso a los procesos por los que los sujetos expresan el sentido de sí mismos en la historia.

Por último, las explicaciones sobre el genocidio que emergen en los discursos se analizarán teniendo en cuenta dos dimensiones. La primera refiere al registro de lo vivencial, a los sentidos a partir de los cuales los sujetos otorgan inteligibilidad a su propia experiencia como víctima.

La segunda dimensión refiere a los sentidos generales atribuidos al genocidio como proceso y apunta, fundamentalmente, a caracterizar el tipo de inteligibilidad que se otorga a las prácticas genocidas en los discursos.

### **Análisis de entrevistas**

En función de las dimensiones de análisis planteadas, es posible establecer la existencia dos grandes matrices en los discursos analizados.

Ambas tienen en común su repudio al accionar militar y se diferencian entre sí por la posibilidad de reconocer o no una racionalidad política en las prácticas y los objetivos de los militares y de otorgar sentido a la propia experiencia como víctima en el marco de dicha racionalidad.

### **Matriz 1. El proceso genocida: la arbitrariedad como racionalidad**

La primera matriz discursiva se define por la imposibilidad de establecer una racionalidad de conjunto que otorgue una inteligibilidad histórico-política a las prácticas sociales genocidas en función de sus objetivos.

Al interior de esta matriz se encuentran explicaciones que otorgan inteligibilidad al proceso genocida en términos de irracionalidad. Y explicaciones que dan sentido a la propia victimización en términos de una responsabilidad individual de los perpetradores, que adquiere sentido en relación a la afirmación de la propia inocencia.

Uno de los elementos que caracteriza a esta matriz es la frecuente utilización de términos y adjetivaciones propias del discurso del perpetrador. Nos referimos a la utilización persistente en todos los relatos de las categorías “extremista”, “subversivo” y “fulero”, en referencia casi exclusiva a los combatientes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Como contrapartida, casi no existen alusiones directas a esta organización armada revolucionaria:

*“Habían andado los extremistas repartiendo frazadas, habían robado en no se qué casa, Salim creo” (T 8)*

*“la zona donde yo vivía, que era una zona muy nombrada por los militares que había extremistas. Pero yo que haya visto extremistas... no sé cómo eran los extremistas. No sé”. (T 9)*

Si bien es necesario tener en cuenta que la construcción de la memoria constituye un fenómeno complejo que se configura a través de múltiples mediaciones, la adopción de este tipo de adjetivaciones puede pensarse como un indicador del carácter estructurante que asumen los términos del perpetrador en los relatos, aún cuando estas narraciones asuman como contenido común una impugnación a la acción de los militares.

#### **1.a Explicación por la afirmación de la propia inocencia**

*“Ellos decían que era que estaban combatiendo a los subversivos pero resulta que después nos enteramos que resulta que se llevaban a la gente” (T 3)*

En esta matriz conviven dos tipos de explicaciones sobre la propia experiencia que tienen en común su imposibilidad de definir a las víctimas del genocidio como sujetos sociales e históricos y, por lo tanto, de dar cuenta del criterio político de selección de las víctimas.

Estas explicaciones otorgan sentido a la propia experiencia en función de afirmaciones que, desde el argumento del “error” o del carácter discrecional del accionar de los militares, adquieren sentido pleno en relación a la afirmación de la inocencia de la víctima.

**1.a.i** En el primer conjunto de explicaciones sobre la propia experiencia, la afirmación de la inocencia se construye, de manera más o menos explícita, a partir de una contraposición entre los atributos propios y las características de aquel que aparece definido como objeto de aniquilación en el discurso de los militares.

Partiendo de la afirmación de la propia inocencia en los términos antes descritos, es posible encontrar en los discursos dos modalidades de otorgar inteligibilidad a la propia experiencia como víctima. La primera refiere a un “error” cometido por los militares:

*“(...) este muchacho Seco, a lo mejor se lo han llevado porque se lo han confundido, porque ahí vivía una familia de apellido Ríos, el último muchacho era de la edad mía, se llama Juan, después estaba Polo y Alberto, ellos se fueron a Rosario(...)Un día volvió Alberto, en una moto grande, con una chica rubia a la casa de los padres porque estaba deshabitada y ha vuelto a vivir ahí (...) Pero el andaba metido en otra cosa, nosotros nos damos cuenta cuando viene la policía a allanar la casa y encuentra un montón de armas... Lo que ha hecho el otro lo ha pagado este muchacho (...), ese chico ha pagado las consecuencias del otro, digo yo” (T 4)*

*“(...) después ha sido de persecuciones, me seguían, me seguían, porque decían que este tipo [un vecino] de aquí estaba metido en lo fulero. Y creían que yo también.” (T 10)*

En otros casos, la propia experiencia adquiere sentido en función una “falsa acusación” de colaboración con la guerrilla por parte del perpetrador:

*“Yo he sido muy perseguido por el capital que yo tenía. Y ellos creían que eran los guerrilleros que me bancaban” (T 2)*

*“Sabiedo quien era Pipi Cornejo, la calidad de persona que era, por el sólo hecho de estar de jefe de correo de Santa Lucía que parece que los milicos lo tenían marcado que iba y que volvía. Porque era un tipo que, aparte de su trabajo, tenía una compañía de seguros, tenía otra entrada económica, y se compró una camioneta 4x4, y los milicos habrán dicho “cómo compró esa camioneta”. Por eso era. Y se lo llevaron por sospecha. Y así se llevaron a muchísima gente” (T 1)*

*“(...) para yo vender un diario no le iba a decir bueno... Yo pienso que la venta es libre, puede comparar el que quiere. Yo vendía a todo el mundo, el carnicero hacía lo mismo, el panadero hacía lo mismo, el verdulero hacía lo mismo. No sé si a esa gente le habrán detenido. Después estaba el turco, ese muchacho tenía un negocio grande, a ese también creo que lo han llevado, yo creo que no ha vuelto. Era una fuente de trabajo... Eso han hecho ellos, injusticia con toda esa gente. Porque si usted tiene un negocio no se va a estar fijando a quien le va a vender (...) [mi sobrina] sigue con el bolichito, y ella qué le va a preguntar usted es cura, comisario, extremista... le vende y hasta luego” (T 4)*

*“Y porque ha hecho una piccita... “ah no”, ahí nomás que es extremista, lo han sacado a la noche.”(T 5)*

*“Mi detención fue durante la zafra de 1975 o 76. Me culpaban como que era uno de los guerrilleros que andaba con mensajes y también me culpaban que los proveía de medicamentos, porque yo vivía en una farmacia.” (L.O.M.)*

La afirmación de la inocencia de las víctimas se ubica al mismo tiempo como principal argumento de impugnación al accionar militar y como elemento que obtura la posibilidad de dar cuenta de la racionalidad política que define el criterio de selección de las víctimas. Esta imposibilidad se asienta en la permanencia de estos discursos en el campo discursivo de los militares. En otras palabras, la afirmación de la inocencia remite

necesariamente al discurso a través del cual se definía a un “otro peligroso” como modo de legitimar la necesidad de la intervención militar.

Así, pareciera establecerse un mecanismo de transferencia de la culpa por el cual ciertas víctimas definidas como “inocentes”, terminarían sufriendo las consecuencias por las acciones de un otro que, en los términos del perpetrador, podría ser definido como “culpable”, dejando abierta la posibilidad de pensar que ese otro pudiera ser efectivamente merecedor del castigo.

Sin embargo, este mecanismo no supone una equiparación de responsabilidades por lo sucedido entre el “otro culpable” y el grupo de los perpetradores. En estos discursos, la responsabilidad por el secuestro de la “víctima inocente” no recae sobre aquellos que tácitamente quedan definidos como “culpables” sino sobre el victimario.

En la primera modalidad analizada la responsabilidad se asienta en una “confusión” por parte de los militares entre “inocentes” y “culpables”. De esta manera, la propia experiencia adquiere sentido en función de un “error” cometido por el perpetrador.

En todos estos casos, el otro que aparece como “culpable” está personificado en un sujeto con el cual los entrevistados tuvieron un contacto directo

En la segunda modalidad analizada, la responsabilidad sobre lo ocurrido es atribuida de una manera más clara y definida al perpetrador, quien, a través de una acusación falsa, termina haciendo que el sujeto pague las consecuencias de un acto que no cometió.

En estos discursos aparece un reconocimiento de determinados elementos que eran tomados por los militares como indicios de una potencial colaboración con la guerrilla. Estos elementos refieren fundamentalmente al ejercicio de ciertas actividades que, por sus características, podían facilitar el abastecimiento de elementos necesarios para la supervivencia de la guerrilla (alimentos, vestimenta, medicamentos, etc.) y/o a la comunicación de los combatientes en el monte con los centros urbanos.

Esta racionalidad que se reconoce responde a un criterio político claro ligado a la estrategia contrainsurgente. Pero es percibida subjetivamente como una victimización arbitraria –en el sentido que no responde a ninguna racionalidad política-, reforzando la sensación de un poder absoluto y discrecional que constituye una amenaza generalizada sobre la sociedad.

Por otra parte, resulta llamativa la recurrente asociación entre la posibilidad de ser acusado de colaborador de la guerrilla y la posesión de ciertos bienes materiales. Tener cierto capital, haberse comprado una camioneta, o construir una pieza nueva en la casa aparecen como elementos a partir de los cuales pareciera establecerse algún tipo de racionalidad en las acusaciones de los militares.

Es posible pensar que la mencionada asociación está relacionada con los sentidos construidos por los militares en sus “campañas de acción psicológica” que equiparaban la colaboración con la guerrilla con la obtención de dinero<sup>2</sup>.

Dentro de esta lógica atribuida al perpetrador, el guerrillero o el colaborador de la guerrilla se definen por la posesión de ciertos bienes. Frente a esta racionalidad, el argumento que descalifica la acusación de los militares y la define como falsa, se establece a partir de la afirmación de la propia identidad como trabajador o padre de familia:

*“Agarraban a los obreros que encontraban en el camino le ponían el FAL le sacaban la foto y después salía en los diarios que ‘han procesado tantos extremistas’. Nada que ver, esos eran obreros trabajadores, obreros trabajadores. Le sacaban fotos y ‘ese es un extremista’, nada que ver” (T 8)*

*“... andaba junto conmigo ahí en Baviera y lo han llevado a otra parte en los cerros donde lo han muerto. Ese no ha vuelto más. (...) era un hombre muy buenito, trabajador, el trabajaba en Fronterita. Y lo han muerto (...) el hombre que no tenía ninguna instrucción de eso. Yo pienso que gente que anda en esas actividades guerrilleras deben ser instruidos, más o menos, este era un hombre grande, del campo, que trabajaba” (T 12)*

*“Porque hay otro señor también que desapareció de ahí, Cecilio Díaz. El vivía de donde yo vivía más o menos a 200 metros, pero él no trabajaba en Fronterita (...) trabajaba él en su casa, creo que trabajaba ahí con su caña, pero era un padre de familia que tenía no sé, como 5 hijos... no sé la verdad, tenía muchísimos hijos, y de la noche a la mañana no apareció mas” (T 9)*

*“Ellos decían que era que estaban combatiendo a los subversivos pero resulta que después nos enteramos que resulta que se llevaban a la gente, la hacían desaparecer, a padres de familia, a hijos mayores de las casas (...) pero ellos decían que los llevaban por sospechosos, pero resulta que acá éramos todos trabajadores (...)” (T 3)*

Encontramos, así, que los discursos analizados configuran un tipo de explicación de la propia experiencia como víctima que se estructura a través de dos mecanismos complementarios. Por un lado, un mecanismo de diferenciación de sí mismo con respecto al “otro” que es definido como objeto de sanción por los militares y, por otro lado, un mecanismo de responsabilización de los victimarios que, tanto si se establece sobre la base del “error” o de la “falsa acusación”, asume un carácter meramente individual, obturando la posibilidad de reconocer la racionalidad política operante en el proceso genocida.

**1.a.ii** En los discursos analizados es posible identificar un segundo conjunto de explicaciones que, partiendo también de la afirmación de la propia inocencia, otorgan inteligibilidad a la propia experiencia a través del carácter discrecional de las acciones de los militares:

*“(...) aquí se dedicaban a torturar a la gente por lo que sea. Usted podía estar en la otra esquina, y si no miraba el reloj que eran las 7 de la tarde y estaban bajando la bandera, el mismo que estaba haciendo guardia ahí lo llevaba” (T 5)*

---

<sup>2</sup> En los comunicados oficiales realizados por A. Vilas durante 1975, que tuvieron una amplia difusión se acusaba a la guerrilla de “la utilización de dinero como único recurso para lograr el apoyo de la población”.

*“(...) yo estaba muy fichado y mi hermano también porque nos gustaba usar el pelo largo, las patillas, esas cosas, ¿vío? O ponerse una pulsera en el puño, éramos gente rara y ahí venía que este tipo no nos quería y venían las informaciones (...)” (T 13)*

*“(...) cualquiera era un enemigo de ellos, entonces ellos venían, atacaban, golpeaban o entraban a su casa y hacían lo que querían (...) entonces ellos venían y hacían lo que querían, vos no tenías que decir nada, dejabas que te destruyan todo y nada más.” (T 14)*

*“(...) ese muchacho por el sólo hecho de no fiarle, porque él tenía venta de bebidas, por no fiarle una botella de vino a un policía (...) por no fiarle una botella de vino. Vino y le dijo a Almirón que Coco Ellas le llevaba verdura para los zurdos. Y lo sacaron... Lo atropellaron y lo sacaron.” (T 1)*

*“Este Almirón (...) ¿sabe cual era la costumbre de él? Me acuerdo que había un matrimonio jovencito ahí en Valle Oeste, la chica era una chica muy linda, se casó jovencita, a los 22 años. Los milicos todos los días la piroteaban (...) ¿Como han logrado ellos que la chica llegue hacia ellos? Lo sacan a la noche al chico de casa. ¿Que ha ocurrido? La chica por lógico han detenido al marido ha ido a parar ahí. La violaron, el muchacho perdió el trabajo en GRAFA, se destruyó la familia, se destruyó todo” (T 1)*

Este argumento se estructura en torno a la imposibilidad de establecer algún elemento común entre las víctimas a partir del cual dar cuenta de las condiciones de la victimización. De esta manera, la propia experiencia adquiere sentido en relación a la irracionalidad y arbitrariedad atribuida a la práctica de los perpetradores.

La misma se agudiza en los casos en que se señala la delación como práctica extendida. En estos casos, los sujetos quedan sometidos no sólo a la irracionalidad de los militares, sino también a las ambiciones personales, deseos de venganza e intereses particulares de sus propios pares:

*“Un muchacho que vivía allá (...) andaba con una chica del barrio de él. Y la chica quedó embarazada. Entonces la madre de la chica va y le dice ‘que ¿te vas a casar vos o no? Si no te hago meter preso toda la noche’ ‘no señora que me voy a casar yo si no tengo una moneda, pero no por eso quiere decir que la vaya a dejar con el embarazo ahí’. Y ha ido la madre de la chica y le dijo a Almirón a la noche ‘mi hija quedó embarazada de un extremista, allá vive’. Y terminó en la escuela Diego de Rojas (...)” (T 1)*

Del mismo modo que en las explicaciones analizadas previamente, en estas explicaciones la afirmación de la propia inocencia aparece como el principal argumento de impugnación al accionar militar. Pero en este caso, a diferencia del anterior, esta afirmación pareciera no establecerse en oposición a un “otro” que podría ser definido como sujeto más o menos legítimo de sanción, sino en función de la imposibilidad de establecer un criterio de demarcación entre aquellas acciones plausibles de castigo por parte de los militares y aquellas que no lo son.

Analizando comparativamente estos dos tipos de explicaciones, puede pensarse que en la medida en que el “otro” definido como sujeto más o menos legítimo de sanción va perdiendo su carácter concreto en el nivel de las representaciones subjetivas, las explicaciones vinculadas al criterio discrecional de los victimarios adquieren mas fuerza en los discursos.



Esta relación se evidencia con mayor claridad en el último tipo de explicación analizado. En el mismo, la ausencia de ese “otro” obtura la posibilidad de explicar la propia victimización desde el concepto de “error”, de esta manera el criterio discrecional, personal e individual del perpetrador aparece como el único elemento que permite otorgar sentido a la propia experiencia del sujeto.

### 1.b Explicación por la negación de la guerra

*“Época de guerra...guerra sin enemigo.” (T 12)*

Respecto de la segunda dimensión analítica planteada, es posible delimitar dos tipos de explicaciones que otorgan inteligibilidad a las prácticas sociales genocidas a partir de ciertas construcciones de sentido a las que definiremos como “*negación del argumento de la guerra*”.

Estas explicaciones impugnan el accionar de las fuerzas represivas mediante la negación del argumento central con el cual los militares legitimaban sus prácticas: la existencia de una “guerra contra la subversión”, y se estructuran retomando sus principales argumentos.

La primera forma que asume la “negación de la guerra” en los discursos analizados consiste en la negación de uno de los términos que define y es condición necesaria para el enfrentamiento. Es decir, en la obturación, en el nivel de la representación, de la existencia misma del otro negativizado cuya aniquilación constituía el objetivo de la guerra, y que en las entrevistas es asimilado casi exclusivamente a la figura del guerrillero:

*“Los milicos estaban para destruir. Porque ahora dicen ‘si mirá que la guerrilla’, que era pelear con gente que no se la conocía. Si ellos han creado la guerrilla” (T 1)*

*“Entre ellos [los militares] se enfrentaban y después echaban la culpa a la gente que detenían por averiguaciones de algo o los culpaban directamente que uno andaba en eso... Ellos decían eso, yo me imagino, para justificar el gasto que hacían ellos entre armas, balas... Ellos hacían decir de que ellos se enfrentaban, mentira” (T 4)*

*“El Ejército andaba a todo momento. Mandaban sus helicópteros y pasaban a cada rato por acá. Pero los enfrentamientos debe ser que eran mentira, mentira” (T 12)*

La segunda forma que asume la negación de la guerra se produce por medio de una operación que, sin negar la existencia de la guerrilla, deslegitima la acción de los militares al negar la peligrosidad que éstos le atribuían en su discurso:

*“...cruzo para allá y estaban así todos montados [con las armas], miro, no eran militares. Uno sólo me hace así [gesto de saludo]. Lo saludo yo y empiezo a cargar. Y del otro lado venía una camioneta, han descargado cosas y se han desaparecido los tipos, se han vuelto a meter al monte. Esa ha sido la primera vez que he visto. No me han hecho nada, me han saludado nomás, los tipos han visto que yo estaba cargando sólo ahí, no los he vuelto a ver más” (T 5)*

*“Yo no tengo conocimiento y nunca me ha acosado, ni me ha hecho nada ningún montonero ni ningún guerrillero” (T 1)*

Entre los elementos centrales con los que el discurso de los militares definía esta peligrosidad pueden citarse: su caracterización como “asesinos de gente inocente”, “portadores de intereses contrarios a los de la sociedad” y “perturbadores de la tranquilidad pública”. Este discurso enfatiza también “el uso de la violencia y el terror para la imposición de sus intereses” y “la utilización de dinero como único recurso para lograr el apoyo de la población”<sup>3</sup>.

La negación de la peligrosidad del guerrillero, así definida, va acompañada en muchos casos de una afirmación del carácter “inofensivo” de sus prácticas:

*“...yo he visto gente por el monte y he conversado con gente en Tresevil. Tresevil era un campamento que era donde venía toda la gente santiagueña a trabajar a la zafra que duraba 4 meses, 5 meses en esa época. Y yo veía que andaban por ahí, tomaba mate con la gente santiagueña, un muchacho alto, grandote, se ve que era extranjero. Pero ellos no hacían nada...” (T 2)*

*“(...) por eso le digo que yo no he visto más que ese grupo de gente que estaba en las montañas, que era un grupo de gente, no sé cuántos y siempre salían 3, 4, 5, pero así sin armas a conversar, a decir que ellos hacían reuniones, me invitaban, me decían venga a tal hora, queremos informarle de algo (...) en el río, cocinaban, hacían de todo” (T 4)*

Resulta significativo que en los testimonios la posibilidad de afirmar la existencia de la guerrilla remite, en todos los casos, a una experiencia vivencial de los sujetos. En otras palabras, el encuentro directo por parte del sujeto con uno o más combatientes del ERP parece ser condición de posibilidad de la afirmación certera de la existencia de la guerrilla. Un análisis comparativo de estas explicaciones nos permite plantear una continuidad en la forma de construcción argumental de las mismas: frente al discurso de los militares sobre la existencia de una guerra contra la subversión, se construye una contra-argumentación que, de diferentes formas, deslegitima la intervención militar a través de la negación de la existencia de la guerra.

El marco en el que encuentra sentido esta negación simbólica es la construcción de la dicotomía guerrillero/militar:

*“A mi no me a parado un guerrillero y me ha dicho ‘Che, escúchame una cosa’ o pedirme tal cosa, nunca. Al contrario, el que te paraba sí o sí era el milico, sí o sí te paraba el milico. (...) yo no sé si la guerrilla existió o no existió. Pero que ellos [los militares] atacaban a cualquiera y mataban a cualquiera, atacaban a cualquiera y mataban a cualquiera” (T 1)*

*“Esos habrán sido los únicos guerrilleros que he visto en toda mi vida, pero de ahí nunca he visto un guerrillero, que decían que paraban en la cancha, que esto que aquello... Un circo que nunca existió, pero de que han hecho cosas [los militares] han hecho cosas” (T 5)*

*“(...) un día estábamos nosotros entrando a la finca y estaba toda la gente así en la ruta y estaban los militares. Habían andado los extremistas repartiendo frazadas (...) [los militares] iban casa por casa y*

<sup>3</sup> Los lineamientos generales de esta caracterización pueden rastrearse en los comunicados oficiales realizados por A. Vilas durante 1975, que tuvieron una amplia difusión. Entre los fragmentos más significativos de los mismos pueden citarse: “Nada respeta, ni siquiera lo que Dios da a cada hombre como preciado tesoro, tronchando a mansalva vidas de inocentes que son el futuro y esperanza de nuestra Patria.”; “(...) restituir la tranquilidad a sus habitantes alterada por el accionar de delincuentes subversivos que pretenden explotar la impunidad que les garantiza la imposición del miedo (...)”; “Su lucha va entonces contra el pueblo mismo. Por ello busca corromper conciencias y voluntades mediante cuantiosas sumas de dinero buscando ayuda y apoyo que de otra forma unánimemente se le niega.” (Vilas, 1977)

*al que le encontraban una frazada lo cagaban a palo, y era gente muy humilde que se moría de la alegría lo que le habían regalado una frazada (...)" (T 8)*

Como contracara del guerrillero que "no existía" o sí existía pero "no perjudicaba" ni "hacía daño" aparece la figura del militar que efectivamente existía y constituía una amenaza para la población.

Las explicaciones que otorgan sentido a las prácticas sociales genocidas respecto del conjunto social hasta aquí analizadas se construyen como intentos de desactivación del discurso legitimador del perpetrador. En ambos casos, las explicaciones se construyen a través de una operación que supone la negación del argumento de la guerra por medio de la negación de uno de sus términos.

El intento de desactivación se realiza a través de la invalidación de uno de los presupuestos centrales del discurso de los militares pero por medio de una argumentación que no supone la construcción de nuevas significaciones, sino una reformulación de los sentidos ya construidos previamente por el perpetrador.

Como efecto de esta operación, ambos mecanismos de negación de la guerra producen la anulación a nivel simbólico del PRT- ERP como sujeto histórico, ya sea a través de la negación de su existencia misma o de las prácticas que lo definen como tal, es decir su práctica eminentemente política.

Teniendo en cuenta el análisis realizado hasta aquí, es posible plantear que en estos discursos se configura una matriz discursiva sobre la experiencia genocida que se define por la imposibilidad de establecer la racionalidad histórico-política de dicho proceso.

Esta imposibilidad se deriva de la forma de constitución misma de los argumentos: la imposibilidad de definir históricamente a las víctimas en función de sus prácticas sociales y políticas obtura la posibilidad de establecer una explicación sobre la causalidad del proceso genocida y la lógica de sus prácticas que exceda el criterio discrecional e individual de los victimarios.

Esta doble imposibilidad se expresa con claridad en las representaciones por medio de las cuales se define a la figura del guerrillero.

En los discursos analizados dicha figura no se construye en función del contenido positivo de sus prácticas políticas, sino a partir de la definición estructurada en el discurso del perpetrador y adquiere sentido en función de la oposición relacional en la que se inscribe.

En las explicaciones vinculadas a la propia experiencia, la figura del guerrillero opera como el contrapunto a partir del cual se construye la propia inocencia. Y en las explicaciones sobre el proceso de conjunto, opera como elemento a partir de cuya negación se invalida el argumento legitimador de la guerra.

De este modo, al interior de la matriz conviven sin contradicción dos argumentos que, respectivamente, suponen la afirmación y la negación de la existencia de la guerrilla como argumento de repudio al accionar militar: si en un plano la afirmación de la propia inocencia supone la necesidad de afirmar la existencia de la guerrilla, en el otro, la invalidación del argumento de la guerra supone la necesidad de negar su existencia.

Puede pensarse que, como efecto de esta convivencia, la pregunta acerca de la causalidad del proceso genocida queda acotada al criterio discrecional, irracional e individual de los militares.

Otro de los elementos que permiten establecer una continuidad entre estas explicaciones reside en la imposibilidad de ampliar el universo del otro negativizado por fuera de la figura del guerrillero.

Esto puede asimilarse a la operación de identificación del “subversivo” con la figura del guerrillero presente en la “teoría de los dos demonios”; pero mientras en esta última la asimilación supone una operación de “angelización” de los militantes de organizaciones no armadas que quedan excluidos en la definición del subversivo; en la matriz discursiva aquí analizada opera un mecanismo al que podemos denominar como “*negación por exclusión*” de dichos sujetos.

En la explicación estructurada en el prólogo del Nunca Más, se opera una recalificación conceptual de las prácticas encarnadas por los militantes de organizaciones no armadas mediante el vaciamiento de su contenido político y subvertor. Este vaciamiento se expresa en los términos por medio de los cuales se definen sus prácticas “adolescentes sensibles que iban a villas-miseria para ayudar a sus moradores”, “dirigentes sindicales que luchaban por una simple mejora de salarios”, “muchachos que habían sido miembros de un centro estudiantil”, “sacerdotes que habían llevado las enseñanzas de cristo a barriadas miserables”, entre otros.

En las explicaciones de carácter general sobre el proceso genocida que configuran la matriz discursiva que estamos analizando no se registran menciones a los militantes de organizaciones no armadas.

Otra diferencia respecto al modelo explicativo presente en la “teoría de los dos demonios” esta dado por el modo en que opera el mecanismo de transferencia de la culpa.

Mientras que en el prólogo del Nunca Mas, la explicación se estructura por medio de un mecanismo que supone una igualación entre la izquierda armada y los militares y otorga inteligibilidad a las prácticas sociales genocidas en términos de “excesos”; en los discursos que conforman esta matriz discursiva se obtura esta posibilidad en la medida en que se niega la existencia o la peligrosidad de la guerrilla.

De esta manera podríamos decir que en las explicaciones presentes en estos discursos se combina la imposibilidad de dar cuenta del sentido histórico y político del proyecto de aniquilamiento -y la consiguiente atribución de una arbitrariedad total a los perpetradores- con la imposibilidad de estructurar racionalmente esta ausencia de sentido por medio de los mecanismos de transferencia de la culpa. Esta doble imposibilidad, en palabras de los entrevistados, se expresa en los siguientes términos:

*“Ellos decían que era que estaban combatiendo a los subversivos pero resulta que después nos enteramos que resulta que se llevaban a la gente, la hacían desaparecer, a padres de familia, a hijos mayores de las casas, (...) ellos decían que los llevaban por sospechosos, pero resulta que acá éramos todos trabajadores, (...) y eso nos causaba algo raro, porque nadie los entendía” (T 3)*

*“Si ellos venían a buscar algo, que la propuesta era eliminar a la guerrilla, pero entonces ¿en qué momento y en qué tiempo nos hemos convertido en guerrilleros nosotros? yo no conozco la guerrilla, yo nunca he andado en nada, ahora por qué ellos actúan así, no sólo por mí sino por un montón de gente inocente (...) todo fabrican ellos, porque entre ellos se han enfrentado (...) todo es ficticio de ellos, mentira de ellos para justificar” (T 4)*

Negada la existencia misma de aquel que define el límite por fuera del cual la acción de los militares resulta “excesiva”, lo que queda es una sociedad atravesada por un terror difuso que, al no encontrar lógica ni explicación alguna, extiende sus efectos hasta el presente:

*“ahora no está mi hermano, capaz que si yo le decía que estábamos hablando acá, por ahí no me dejaba (...) Lo tengo [al miedo] en este momento que estoy hablando (...) es algo que tengo guardado, que siempre tengo y no le puedo comentar a nadie, lo tengo siempre taponado (...) es la sensación que me ha quedado de muchos años, que yo he visto lo que han hecho, lo que son capaces de hacer y yo no sé si alguno que está, retirado o no, le pega esto o no le pega, puede tomar represalias con mi familia o conmigo, uno no sabe (...) yo he visto y lo sé, que ha sido un operativo muy grande, muy organizado, porque la gente que venía a torturar no era cualquier gente, la gente sabía lo que hacía” (T 14)*

*“Como que todavía uno está dañado, yo tengo mis hijos ahora grandecitos y hay veces que hay que recomendarles que tiene que aprovechar, que la juventud es lo mejor, como que uno piensa que de un momento a otro uno no sabe que es lo que pueda pasar” (T 3)*

De esta manera, en los discursos analizados, la efectividad de las prácticas genocidas en la reformulación de las relaciones sociales no sólo se expresa en la eliminación material y simbólica de ciertos sujetos sociales, sino también en la persistencia en mayor o menor grado de los efectos paralizantes del terror operado de manera sistemática y planificada durante el proceso social genocida.

## **Matriz 2. El proceso genocida y su racionalidad histórico-política**

En los testimonios analizados es posible dar cuenta de una segunda matriz discursiva, que se define por la posibilidad de establecer significaciones históricas que vuelven inteligible el accionar de los militares a través del reconocimiento de la racionalidad histórico-política del proceso genocida.

### **2.a Explicación de la propia experiencia por la pertenencia a un colectivo:**

**“Nosotros tenemos una experiencia no vivida pero contada” (T 15)**

En el plano de la explicación de la propia experiencia, los discursos que conforman esta matriz se estructuran en torno al reconocimiento de un criterio político en la selección de las víctimas por parte de los militares.

El elemento que permite unificar estos discursos reside en que el eje que estructura la explicación, en todos los casos, encuentra anclaje en la afirmación de las identidades políticas de los sujetos:

*“Yo en aquellos tiempos yo militaba en un partido de izquierda, ¿sí? En el Partido Socialista de los Trabajadores. Yo he sido delegado de la UOCRA. Y en ese tiempo nosotros hemos sido muy perseguidos, todos los sindicalistas que había han sido perseguidos” (T 8)*

*“Siempre he sido activista gremial, siempre he luchado por las necesidades de los compañeros trabajadores. Mi papá fue gremialista y creó el sindicato de obreros y empleados del Fronterita” (T 16)*

*“Le voy a contar. Son momentos que, yo no quería acordarme ni hacer nada porque estaba aterrorizada, hoy por hoy mi militancia fue siempre peronista, yo siempre he militado en el peronismo desde que tengo uso de razón, vengo de familia peronista. Para algunos era mala palabra, a nosotros nos llegó siempre la necesidad imperiosa de trabajar en el campo político porque éramos familias muy humildes, y siempre el peronismo se ha ligado con la humildad, entonces mi familia venía trabajando. En Fronterita existía un sindicato, que se llamaba el Sindicato del Ingenio Fronterita, donde los obreros tenían un gremialista, una persona representante” (T 17)*

Esta forma de estructuración del relato posibilita la inscripción de la vivencia personal en el marco de la experiencia más amplia de un colectivo y, en algunos casos, la historización de este colectivo y de la propia trayectoria personal a su interior:

*“Nosotros tenemos una experiencia no vivida pero contada, como jóvenes temíamos volver, ya teníamos un bienestar porque lo habíamos conseguido, por lo tanto no queríamos volver a lo anterior. Eso te daba fuerza de decir ‘sí, yo me voy con aquellas referentes’, por ejemplo Hilda, una mujer con mucho temple, te contagiaba. (...) Éramos jóvenes, no queríamos volver a eso del perro familiar y a la vida de los ingenios. Eso queda” (T 15)*

*“Ahí empezamos a pensar y si nos daban una posibilidad para luchar lo vamos a hacer porque nosotros ya teníamos idea de la época de los ingenios y por supuesto no queríamos volver a eso. Sabíamos que acá había habido una lucha fuerte y dura para quienes habían echo esa lucha, pero lo consiguieron.” (T 15)*

La historización del relato permite, por un lado, la apropiación de la experiencia de lucha previa y, por otro lado, la atribución de una cierta racionalidad a los objetivos del perpetrador ligada a la persecución de ciertas prácticas:

*“(…) trabajando también se hace patria y concientizando a los compañeros... si hay que hacer un paro, que sea un paro pero no que 4 carneros vayan a trabajar mientras 10 están protestando, eso hay que enseñar, yo creo que eso... Porque hemos sido así y porque hemos pensado así hemos sido secuestrados y torturados, por pedir el derecho...” (T 8)*

*“(…) un muchacho que andaba en el sindicato, había hecho una reunión para ver que podíamos hacer porque nos aterrorizaba esta gente [los militares], los chiquitos enfermos, todos con desesperación, las madres, y a la noche le han caído los militares. Que se quede mudo porque ‘si haces otra desapareces’. Nunca más. Ahí nomás ha hecho las cosas Carlos Amaya y se ha ido no se a dónde, porque nunca más lo he visto yo” (T 17)*

*“El chico Acosta no volvió más. Chico que me ha dado una mano tan grande, que ha sido Jacobo, no volvió más. Y así como ellos un montón de gente amiga que ha quedado en el camino. Y justamente se trabajaba para el obrero, para el pobre, se trabajaba ayudando (...) yo se que hay gente que ha estado, que los llamaban extremistas, eran gente luchadora, gente que estaba en la lucha. Me*

*explicaban a mí que era para que no haya tanta hipocresía, injusticia. A mí me explicaban que era para eso” (T 17)*

Como puede observarse, en los discursos se establece una relación entre la asunción de una identidad política o de determinadas prácticas sociales como “militar en un partido político”, “ayudar al pobre y al obrero” o “pensar de una determinada manera” y la posibilidad de ser victimizado. Esta relación de ningún modo expresa una legitimación del proceso genocida sino que se constituye como un elemento fundamental que permite recomponer su causalidad y funcionalidad.

El reconocimiento de la racionalidad del proceso genocida es reforzado en los relatos por la alusión al trabajo de inteligencia realizado por los militares:

*“El Servicio de Inteligencia funcionaba en GRAFA, vestidos de civil, pasando por obreros. Había al menos uno de ellos en cada sección. Esto generó muchas caídas de compañeros” (T 16)*

La inclusión de los trabajos de inteligencia de los militares como elemento constitutivo de la explicación de la experiencia vivencial de los sujetos supone el reconocimiento de un criterio en la identificación y definición de las víctimas por parte de los militares.

Asimismo, este reconocimiento puede pensarse en términos de la posibilidad de dar cuenta del carácter sistemático y planificado del accionar represivo:

*“cuando llegan los oficiales médicos ahí... todo bien prolijito, che, bien organizadito, llevan los médicos oficiales, los educadores por acá (...) los curas en su lugar, en su iglesia, todo bien organizadito, nada al azar” (T 18)*

La explicación de la propia experiencia se inscribe, de esta manera, en el marco de un proceso histórico-político que supone una reafirmación del sentido de la experiencia pasada y la posibilidad de recuperarla en el presente:

*“Y yo soy una persona que no me voy a caer, me voy a volver a parar como cuando estaba embarazada, apoyándome en las paredes, y voy a seguir en la lucha” (T 17)*

*“No me arrepiento de nada y si lo tendría que hacer de nuevo, con la edad que tengo, lo haría. Y sé que mi hija y mi nieto no pensarían que los dejo porque no los quiero, al contrario, ellos van a aprender que no se tienen que dejar avasallar por el poder” (T 15)*

En relación con la posibilidad de reafirmar en términos positivos la propia experiencia resulta significativa la recuperación de actos de resistencia y solidaridad entre pares:

*“el Dr. Carubati era un compañero, el medico que atendía a todos los compañeros, de arriba, abajo, de todos lados. Es un compañero que colabora con todos los desaparecidos, con los que estuvieron” (T 18)*

*“(...) a eso de las 6 de la tarde me llevan al hospital [desde un CCD]. Mi hijo nació a las 4 de la mañana. Y entraron los soldados, quedan cuidando la cama (...) se han ido los muchachos a comer en el hospital (...) y viene una señora que es muy peronista y abrió una puertita del hospital (...) y me dice ‘Negrita ya prepará todo, ya prepará todo’. Me han sacado con una sábana a mí y mi bebe (...) y me han sacado a San Miguel, de San Miguel ella me ha puesto en el tren y me ha llevado a Buenos Aires” (T 17)*

Encontramos así que las explicaciones a partir de las cuales las víctimas otorgan sentido a su propia experiencia se estructuran a partir del reconocimiento de la racionalidad operante en el criterio de selección de las víctimas por parte de las fuerzas represivas.

Este reconocimiento permite inscribir la propia trayectoria subjetiva en el marco de una experiencia histórica y política de carácter general y, en este sentido, dar cuenta del carácter social que asume la figura de la víctima. En otras palabras, permite que el reconocimiento del sujeto como víctima del proceso genocida adquiera sentido en términos colectivos y no individuales.

La posibilidad de articular la experiencia personal con el proceso histórico del que forma parte, constituye una de las claves centrales que permiten el reconocimiento de la racionalidad política del proceso social genocida al interior de estos discursos.

Por último, el reconocimiento del criterio de identificación de las víctimas y de los objetivos políticos del proceso social genocida, unido a la posibilidad de historizar la propia trayectoria y la del colectivo de pertenencia, habilitan la posibilidad de recuperación y reapropiación la experiencia de lucha pasada como clave para pensar el presente.

## **2.b Explicación del proceso genocida como derrota política:**

*“En esa época comienza la división, sacamos las garras y dijimos: ‘nosotros somos la izquierda y ustedes la derecha’.” (T 15)*

En el nivel de las explicaciones de carácter general, los discursos que componen esta matriz, ubican al proceso genocida como resultado de una derrota política en una disputa histórica entre sujetos colectivos organizados.

Estos discursos, aunque diferentes en cuanto a su contenido, tienen en común su estructuración a partir de la asunción por parte del sujeto de un posicionamiento concreto al interior de alguna de las fuerzas en pugna:

*“En esa época comienza la división, sacamos las garras y dijimos: ‘nosotros somos la izquierda y ustedes la derecha’. Ellos querían ser pasivos pero no lo eran, tenían otra mentalidad, de día organizaban la paz y de noche te sacaban de la casa” “(...) nos traicionó el mismo peronismo, la misma base de nosotros, la que teníamos en un monumento. (...) la gente que estaba en el gobierno nos estaba matando” (T 15)*

*“Porque había en esa época dos fracciones del peronismo, una el peronismo revolucionario identificado con Montoneros (...) y después estaba el peronismo de la República Argentina, que eran los ortodoxos, los traidores, todos los de López Rega con Isabel Martínez arriba. Dos fracciones que estaban en pugna y el peronismo ese [peronismo de la República Argentina] eran los que andaban apuntando a la gente (...) e iban a identificar a los compañeros para que los agarren” “el Operativo lo instala López Rega e Isabel Martínez. (...) dicen que es un golpe de Estado donde Isabel Martínez... no. Isabel Martínez entrega el poder, lo entrega, le dice ‘tomá seguila vos’ al gobierno militar” (T 18)*

En estos discursos, el proceso social genocida y las prácticas en él desplegadas adquieren inteligibilidad en el marco de una lectura política que excede a la intencionalidad y objetivos de las fuerzas armadas, ubicando al Operativo Independencia y a la posterior dictadura militar como resultado de una correlación de fuerzas históricamente determinada.



En algunos testimonios, esta lectura incluye también una historización de las identidades políticas de resistencia a nivel provincial y de sus articulaciones entre sí:

*"[en el sindicato] por supuesto también se formó la política, se hace una coordinadora donde nos formaban a los jóvenes. Entonces se conoce con los chicos de la universidad por medio del gremio del Macho Luna, José, y teníamos la compañera la Zulema, (...) ella nos prestó una casa en donde nos reuníamos con los chicos de la universidad. En ese entonces estaba el rector Heredia con nosotros en la lucha" (T 15)*

Esta historización hace posible una reconstrucción de la experiencia en un sentido amplio, que excede la pertenencia política del sujeto portador del discurso e incluye a las identidades de aquellos sujetos sociales que fueron definidos por el perpetrador como parte de la fracción negativizada a aniquilar.

Uno de los rasgos principales de esta forma de asimilación simbólica del proceso social genocida es su estructuración en términos de un análisis crítico de las condiciones sociales de su emergencia. Esta estructuración, en la medida en que supone una evaluación histórica del rol desempeñado por las organizaciones de izquierda y el resto de los sujetos de resistencia, supone la asunción de un rol activo en la construcción de la historia.

Por otra parte, cabe destacar que en los discursos que conforman esta matriz discursiva, la significación del proceso genocida como derrota política, no supone una interpretación de esa derrota en términos de "equivocación".

En este sentido, la asunción de la derrota política no supone una renegación de la historia de lucha, sino un análisis de sus límites, errores, circunstancias y causalidades.

*"Creo que hemos subestimado mucho al enemigo. Subestimar al enemigo y la otra creo, que estoy convencida de que realmente el objetivo nuestro era real, había que hacerlo, en eso estoy totalmente convencidísima. Estoy segura que nosotros no queríamos que esto pase, lo que esta pasando hoy en Tucumán. Convencidísima" (T 7)*

*El análisis que yo hago de se momento es que a medida que avanzaba la represión nos fuimos quedando sin dirigentes que puedan contener, que puedan hacer un análisis de esto, que puedan parar un poco, decir 'vamos a usar otro método', no había. La otra, el pueblo, se allanaba todo un pueblo (...) entonces al allanar, no, el miedo y todas esas cosas, quedo huérfano el pueblo" (T 18)*

*"yo por eso, a pesar de todo esto yo sigo sosteniendo de que equivocados no hemos estado, hemos subestimado mucho, estaban muy bien preparados para reprimir. Tenían los medios. El objetivo era destruirnos, destrozarnos" (T 7)*

Esta forma de asimilación simbólica del genocidio no supone así la negación de las premisas y el sentido de la lucha sino que, por el contrario, permiten el establecimiento de ciertas líneas de continuidad entre el pasado y el presente a través del reconocimiento de los efectos de las prácticas genocidas:

*"El análisis general de la época esa es que, al quedar sin nada, sin conducción, sin nadie que pueda hacer un trasvasamiento generacional de todas las cosas, de esto que pasó, y ver los errores, y ver por qué paso tal y cual cosa, es que hoy vemos en el pueblo de Famaillá a los hijos del proceso, que a través de los años no quieren saber nada con la política, no quieren saber nada con militar" (T 18)*

*"Le temo a las autoridades porque son las mismas que nos mandaron a matar, pisotear, golpear, a masacrar, de cierto modo es lo que esta pasando. Por ejemplo: el plan que están dando de \$100,*

*¿cómo las tratan los peronistas a las mujeres? No como a un ser humano, las trepan en un acoplado y las llevan a limpiar calles de rodillas. No es deshonra el trabajo pero sí como los políticos las tratan, las obligan a votar, a utilizar la pala y el machete” (T 15)*

En el primer fragmento, la alusión a la imposibilidad de realizar un “trasvasamiento generacional” implica un cierto grado de registro de la imposibilidad de reapropiación de ciertas prácticas contestatarias y críticas del pasado, justamente aquellas que intentó clausurar el proceso genocida.

El segundo fragmento supone en alguna medida el reconocimiento de la efectividad del proceso genocida en las distintas formas que asumen las prácticas de dominación en el presente.

De esta manera esta matriz discursiva se caracteriza por la posibilidad de inscribir al genocidio en el marco de un proceso histórico-político de largo alcance.

Esta inscripción se realiza a través de un análisis crítico de la experiencia de lucha histórica que da sentido al genocidio en términos de derrota.

Esta significación, en la medida en que no supone una resignificación de la derrota en términos de “equivocación” permite la recuperación y elaboración crítica de la experiencia de lucha pasada y, por otro lado, algún grado de reconocimiento de los efectos actuales del genocidio.

Este sentido, constituye una forma de elaboración del pasado que, lejos de transformar la derrota histórica en una negación de la posibilidad contestataria, se ubica como una clave central para pensar las luchas en el presente.

Teniendo en cuenta los sentidos explicativos trabajados en las dos dimensiones de análisis, es posible dar cuenta de la configuración de una segunda matriz discursiva en los discursos de los sobrevivientes que se caracteriza, fundamentalmente, por la posibilidad de atribuir un sentido histórico y político al genocidio.

Una de las principales formas en que se expresa esta posibilidad está dada por la relación de reciprocidad que se establece entre las dos dimensiones de análisis planteadas: si, por un lado, la propia experiencia como víctima es explicada a partir del reconocimiento de un criterio racional de demarcación y selección por parte de los perpetradores, ligado a la persecución de ciertas prácticas contestatarias que cuestionan el orden hegemónico. Por otro lado, las explicaciones generales acerca del proceso genocida se estructuran en términos de derrota política de los sujetos sociales en el marco de los cuales se desplegaban dichas prácticas.

De esta manera, la explicación de la propia experiencia remite a un análisis político que excede la vivencia personal del sujeto y, al mismo tiempo, las explicaciones generales

remiten a una evaluación crítica de la actuación de los sujetos de resistencia que supone la recuperación de la experiencia de lucha, de la propia trayectoria en esa experiencia y la adopción de un posicionamiento concreto al interior de alguna de las fuerzas de resistencia.

### **Conclusiones preliminares**

El análisis realizado hasta aquí nos permitió dar cuenta de la configuración de dos matrices discursivas al interior de los discursos de los sobrevivientes a la experiencia genocida en el sur tucumano.

La diferencia fundamental entre ambas reside en la posibilidad o imposibilidad de establecer significaciones históricas que vuelvan inteligible el accionar militar a través del reconocimiento de la racionalidad histórica y política que subyace al proceso social genocida.

Una de las principales formas en las que se expresa esta diferencia reside en el modo en que se articulan al interior de cada una de las matrices las explicaciones acerca de la propia experiencia como víctima y las que refieren a las causalidades generales del proceso genocida.

Si bien ambas matrices analizadas tienen en común el repudio al genocidio, se diferencian en la forma en que se estructura este argumento: si la primera matriz se caracteriza por la convivencia sin contradicción de discursos contrapuestos para cada una de las dimensiones de análisis planteadas, la segunda se caracteriza por la existencia de una relación de reciprocidad entre los mismos.

La mayor parte de los discursos analizados se inscriben en la primera de las matrices discursivas analizadas<sup>4</sup>. Un análisis de conjunto de las explicaciones que conviven a su interior nos permite plantear que la misma se estructura a través de una doble imposibilidad: la de dar un sentido histórico y político al proyecto de aniquilamiento y la de estructurar racionalmente esta ausencia de sentido.

Como fue analizado, la especificidad de esta forma explicativa respecto de otras formas de resignificación del proceso genocida está dada por el segundo término de esta imposibilidad que, al obturar la posibilidad de establecer alguna respuesta a la pregunta sobre las causas del proceso genocida que exceda al criterio discrecional del victimario, tiene como efecto la persistencia en mayor o menor grado de los efectos paralizantes del terror operado de manera sistemática y planificada durante el proceso social genocida.

---

<sup>4</sup> En este sentido, es importante destacar que la Matriz 1 esta compuesta por discursos enunciados por sujetos que no reconocen haber tenido ningún tipo de militancia, mientras que la Matriz 2, por discursos enunciados por sujetos que asumen haber tenido una militancia activa en el período.

En esta imposibilidad asume un rol central la negación de la existencia de la guerrilla a través de la cual se invalida el argumento legitimador de la guerra contra la subversión.

A modo de hipótesis, puede plantearse que en esta negación opera un mecanismo por el cual la definición de la guerrilla establecida por el perpetrador descalifica el registro de la propia percepción vivencial de los sujetos.

Entendiendo que las percepciones no se estructuran en el vacío sino que encuentran sentido en el marco de determinadas representaciones construidas socialmente, puede pensarse que los códigos valorativos por medio de los cuales los militares atribuyeron una identidad al otro negativizado tienen una cierta eficacia en la calificación o descalificación de las propias percepciones del sujeto.

En estos términos, la negación de la existencia de la guerrilla emergería como el efecto de una contraposición entre la figura concreta del guerrillero tal como pudo ser percibida a nivel vivencial y la representación del guerrillero tal como fue construida desde el discurso del perpetrador.

La definición del perpetrador operaría así como un elemento estructurante en la negación de la existencia de la guerrilla presente en los discursos analizados: si el "otro" debiera ser tal como lo define el perpetrador, la propia percepción de ese otro, en la medida que no se ajusta a esa definición, es descalificada y se niega su existencia.

La contracara de esta negación es un registro cabal del horror de las prácticas genocidas desplegadas por los militares que, en la medida en que no puede ser significado en términos históricos y políticos, extiende sus efectos hasta el presente.

### **Bibliografía:**

- Abudara, Oscar y otros (1986): *Argentina, psicoanálisis represión política*, Kargieman, Buenos Aires
- Ameztoy, María Virginia (1998): "Autoritarismo, sociedad y Estado en Argentina", en Inés Izaguirre (comp.): *Violencia social y derechos humanos*, Eudeba, Buenos Aires
- Armony, Ariel (1999): *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América central, 1977-1984*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Artese, Matías y Roffinelli, Gabriela (2005): *Responsabilidad civil y genocidio. Tucumán en años del 'Operativo Independencia' (1975-76)*, Documentos de Jóvenes Investigadores, N° 9, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires
- Bauman, Zygmunt (1997): *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Toledo
- Bauman, Zygmunt (2006): *En busca de la política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Bermann, Syilvia y otros (1994): *Efectos psicosociales de la represión política. Sus secuelas en Alemania, Argentina y Uruguay*, Goethe Institut, Córdoba
- Bettelheim, Bruno (1981): *Sobrevivir, y otros ensayos*, Crítica, Barcelona
- Calveiro, Pilar (1998): *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires
- Calveiro, Pilar (2006) "Los usos políticos de la memoria.", en Gerardo Caetano: *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, CLACSO, Buenos Aires
- Calveiro, Pilar (2006): "Testimonio y memoria en el relato histórico", en *Acta Poética*, Vol. 27, n° 2, pp. 65-86, Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, México DF

- Carnovale, Vera (2007): "Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina", en: Marina Franco y Florencia Levín (comps.): *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, CONADEP (1984): *Nunca más*, Eudeba, Bs. As.
- Corradi, Juan (1996): "El método de destrucción. El terror en la Argentina", en Hugo Quiroga y César Tcach (comps.): *A veinte años del golpe: con memoria democrática*, Homo Sapiens, Rosario
- Crenzel, Emilio (1991): *Memorias enfrentadas: el voto a Bussi en Tucumán*, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán
- Drucaroff, Elsa (2002): "Por algo fue. Análisis del "Prólogo" al Nunca Más, de Ernesto Sábato", en Tres Galgos, N° 3, Buenos Aires
- Feierstein, Daniel (2007): *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, FCE, Buenos Aires
- Foucault, M. (2002): *La arqueología del saber*, Siglo veintiuno, Buenos Aires.
- Foucault, Michel (1999): *Historia de la sexualidad. Tomo I*, Siglo XXI, México
- Izaguirre, Inés (2004): "Memorias de Guerra. Operativo Independencia", en Revista Puentes, año 4, N°12, septiembre de 2004, Buenos Aires.
- Jelin, Elizabeth (2002): *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Buenos Aires
- Kordon, Diana; Edelman, Lucila y otros (1986): *Efectos psicológicos de la represión política*, Sudamericana - Planeta, Buenos Aires
- Levi, Primo (2005): *Los Hundidos y los Salvados*, en Trilogía de Auschwitz, Océano y El Aleph, España y México.
- Mudrovic, María Inés (2007): "El debate en torno a la representación de acontecimientos límite del pasado reciente: alcances del testimonio como fuente", en *Diánoia*, Vol. LII, n° 59, noviembre 2007, pp.127-150, Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM y Fondo de Cultura Económica, México DF
- Puget, Janine; Kaës, René; Pelento, María; Dunayevich, Julia; Viñar, Marcelo; Viñar, Maren; Galli, Vicente; Ricon, Lía y Amati Sas, Silvia (1991): *Violencia de Estado y psicoanálisis*, Centro Editor de América latina, Buenos Aires
- Ricoeur, P. (2004): *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Vol. 1, Siglo veintiuno, México.
- Riquelme, Horacio (Ed.) (1990): *Era de nieblas. Derechos humanos, terrorismo de Estado y salud psicosocial en América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas
- Rofinelli, Gabriela (2006): "Una periodización del genocidio argentino en Tucumán (1975-1983)", en Revista Fermentum, Año 16, Nro. 46, Mayo-Agosto, Venezuela.
- Vega Martínez, Mercedes (1997): "La desaparición: un proceso mucho más complejo que la muerte de un individuo", en Irma Antognazzi y Rosa Ferrer (comps): *Argentina las raíces históricas del presente*, Universidad Nacional de Rosario, Rosario
- Vilas, Adel Edgardo (1977): Tucumán. Enero a Diciembre de 1975, en <http://www.nuncamas.org.ar>
- Viñar, Marcelo y Viñar, Maren (1993): *Fracturas de memoria, crónicas para una memoria por venir*, Ediciones Trilce, Montevideo